

## Seis películas para el verano

Norberto Alcover



*Queremos proponer a los lectores seis películas estrenadas a lo largo de la temporada que ahora mismo fenecerá y que pueden encontrarse con facilidad en DVD. Así, pueden hacerse todos ustedes con el pack correspondiente para visionarlo a lo largo y ancho de las vacaciones estivales, siguiendo, si les parece, las sugerencias críticas que inmediatamente comentaré. Tengo la seguridad de que, si llevan a cabo la experiencia propuesta, descubrirán unos productos cinematográficos del todo recientes y de inmensa calidad para cualquier espíritu que persiga la belleza, la verdad y la bondad.*

Suele decirse que el cine contemporáneo es simplista, violento y deshumanizador. En realidad, se pretende identificar a todas las películas con esas más taquilleras y de gran espectáculo que suelen provenir del mercado norteamericano y que gustan, hasta la fascinación, al gran público, que es el que acaba por imponer sus gustos. Si bien, películas como *Matrix* o *El Señor de los Anillos*, en sus respectivas sagas, resultan tan masivas como interesantes a la hora de descubrir intencionalidades antropológicas y hasta cosmovisivas en guión y realización: detalle que suele preterirse. Pero

el hecho es el comentado, que machacamos el conjunto del cine actual con cierta premura y hasta frivolidad intelectual, en ocasiones llevados del «menosprecio audiovisual» al que me refería en el texto del número anterior de esta misma revista, titulado con toda la intención del mundo «*Por una educación cinematográfica*».

Solamente les pido un favor metodológico: una vez leído este artículo/ensayo, aproxímese a las películas citadas sin aprioris de tipo alguno, de forma que las historias audiovisuales con que se encuentren en sus televisores puedan transmitirles toda la frescura, tal vez hasta trágica, que almacenan en su recámara. De no hacerse así, el experimento fracasará de antemano.

*El oficio de las armas*, de Ermanno Olmi (Francia-Italia-Alemania-Bulgaria, 2001)

Estamos ante la película más bella de cuantas se han rodado en los cuatro años de este recién nacido siglo. Pero es que Ermanno Olmi es uno de los pocos hombres del cine mundial e italiano capaz de mantener fresco y activo el *espíritu neorrealista* de los dos maestros del mismo: Césare Zavattini y Roberto Rossellini. Un espíritu humanista y también cristiano

con profundidad, donde el esplendor de las formas, sobre todo la fotografía y el cromatismo, además de la interpretación, convierten la historia narrativa sustancial (lo que se dice de forma evidente) en un discurso idealógico último (lo que se vislumbra de forma evidente), hasta resultar un espectáculo de fascinante belleza y de unida piedad histórica.

Ésta es la historia de un joven guerrero que, en pleno siglo XVI, manda los ejércitos papales en una Italia invadida por las fuerzas alemanas de obediencia imperial: siempre ha vencido porque es el mejor estratega, además de honrado en el planteamiento de la guerra, todavía cuestión de «entre hombres», pero de pronto, la aparición de las armas de fuego destrozan su estrategia y, de paso, su concepción caballeresca del combate, hasta caer derrotado y muerto. Estamos ante una forma espléndida de contarnos indirectamente un cambio de época histórica en torno al significado del enfrentamiento humano: deja de tener una cierta grandeza para convertirse, desde ya, en «asunto de máquinas», hasta llegar hasta hoy día con la guerra digital en Yugoslavia o en Irak. Una doble historia de amor aparece sumergida en el film, perfectamente imbricada en el contexto histórico

donde transcurre, dejándonos graves interrogantes sobre el rol femenino en aquella sociedad en tránsito. La advertencia final del narrador, de clara admonición al público asistente al espectáculo, sitúa el film en nuestro instante, como una espina molesta en su nostalgia.

Contemplan las imágenes del joven Giovanni de Médicis destrozado en su cama y rodeado de sus amigos cortesanos, mientras vive su tramo vital conclusivo como un Cristo crucificado de rutilante belleza y altas dosis de erotismo. Visionada una primera vez, hay que aceptar un segundo visionado sencillamente para entregarse al placer del goce estético en cuanto tal: por ejemplo, esa cámara que recorre la estancia en que muere el héroe para dar textura ambiental al momento. Llegarán a estremecerse. Y ese estremecimiento se llama, sencillamente, belleza.

*Las invasiones bárbaras*, de Denys Arcand (Canadá-Francia, 2003)

Quince años después de rodar *El declive del imperio americano*, que convendría recuperar precisamente ahora y donde reunía a un grupo de burgueses hiperprogres de los ochenta entregados a sus

mismas fracturas morales, vuelve sobre el mismo grupo humano para contarnos adónde ha llegado y qué mundo nos deja como herencia histórica. Desde el personaje de una religiosa que trabaja en un hospital y que constituye la única llamada a la trascendencia en la selva descrita, se analizan los diferentes hundimientos de esos aparentes titánicos, ahora devenidos fantasmas de sí mismos, con una mezcla de crueldad epicúrea y ternura mortal solamente superada por la dignidad moral de algunos seres humanos que aparentemente no forman parte de la sociedad oficial del momento. Es un film terrible en su terrible normalidad, porque lo más atroz lo hemos convertido en cotidianidad feroz. A notar la presencia invasora de los inmigrantes, auténtica referencia dialéctica de los protagonistas. Para contemplar y hacerse las preguntas pertinentes.

*Lost in translation*, de Sofía Coppola (USA-Japón, 2003)

Como film, mediocre y sin justificar haberlo convertido en un texto audiovisual de culto. Sencillamente, se ha mezclado el indudable interés de la historia de los dos protagonistas con el contexto ambiental que resulta simplón y farfante en el guión. Nosotros reco-

gemos esa historia de dos personajes, un hombre maduro y una joven inexperta ante la vida que, en tierra extraña, se encuentran, se necesitan, parece que se aman, pero acaban por separarse inevitablemente. La soledad en estado puro, pero precisamente en esta sociedad tecnificada e inhumana de un Tokio fosforescente y ajeno. Ellos dos en la cama del hotel, útero del drama existencial, tumbados, completamente quietos, ajenos a sí mismos, ajenos a todo. Ella una extraordinaria Scarlett Johansson, la misma chica de *La joven de la perla*, con ese toque entre una pavorosa ingenuidad y cierto «lolitismo» que fascina. Se repite: soledad en estado puro de nuestros días: ¿soledad de todos?

*La joven de la perla*, de Peter Webber (Gran Bretaña-Luxemburgo, 2003)

En otra clave, la misma emoción estética/humana de *El oficio de las armas*, ya comentada. Hacia 1665, Jan Vermeer, el pintor de la luz por antonomasia, vive una exquisita historia de amor y de arte con su joven criada, una pasmada pero también decidida Griet, encarnada por el cuerpo y la comunicatividad interior de Scarlett Johansson, en un contexto mentiroso y manipulador. Hacía muchos años que no nos era dado contemplar

tanto erotismo en tanta contención física, dándole la razón a Luis Buñuel, quien nunca dejara de repetir que erotismo era sugerencia y jamás mostración. El erotismo como parte de la condición humana, que comenzó cuando Eva tentó a Adán en el Paraíso, detalle casi nunca apuntado cuando es de una obviedad casi hiriente. Los dos en el estudio del pintor mientras mezclan colores y se miran y casi se rozan las manos, es de una extrema belleza que pocas veces se consigue en el cine. También aquí, visionar en dos ocasiones.

*Mystic River*, de Clint Eastwood (USA, 2003)

Está claro que Clint Eastwood es el mejor director de cine vivo, junto a Lynch y Scorsese, porque Almodóvar es otra cosa, como ha demostrado con la muy mediocre *La mala educación*. En esta ocasión, Clint Eastwood consigue una de las películas más duras de la historia del cine sobre las consecuencias de la pedofilia cuando se alcanzaba la edad adulta. Se trata de un film sin concesiones, que nos va conduciendo de mal en peor a través de unas pasiones entrelazadas hasta un final tan cínicco e inesperado que consigue perturbarnos, si es que lo entendemos. Crítica atroz del mundo nor-

teamericano en sus ámbitos más ocultos, como antes sucediera con el «cine negro» de los 40-50, nos permite seguir la deslumbrante interpretación de Tim Robbins en su papel de Dave. Puede que se trate de un gran film sobre «el pecado del mundo», en sentido indirectamente teológico. Produce dolor, inquietud, insomnio. Pero no viene mal caer en la cuenta del lodo nauseabundo que tantas veces esconde nuestra amable sociedad de las hamburguesas. De necesaria visión.

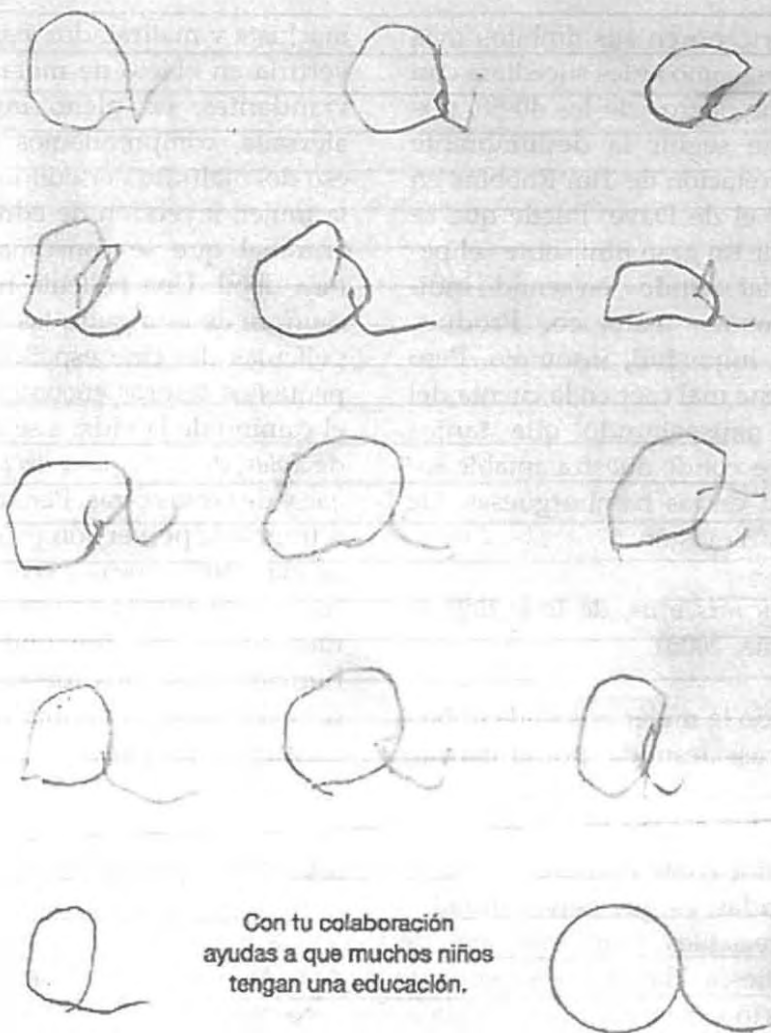
*Te doy mis ojos*, de Iciar Bollaín (España, 2003)

Cuando la mujer es sacada al balcón, casi desnuda, por el marido

machista y maltratador, para convertirla en objeto de mofa de los viandantes, en pleno invierno, aterrada, comprendemos qué es eso del maltrato masculino contra la mujer, inyección de adrenalina criminal que se consume en la más débil. Una película recoleta, siempre de esta guisa las mejores películas del cine español, como pequeños tesoros encontrados en el camino de la vida, a semejanza de *Solas*, de *La flaqueza del bolchevique* y de tantas otras. Pero con una retranca de perversión y de impotencia como pocas veces habíamos contemplado en nuestro cine nacional. Cine tremendamente humano, hasta los tuétanos, que debería verse en familia para comentarlo más tarde.

Si el cine contemporáneo es capaz de realizar seis películas como las comentadas, es que tiene calidad, si bien muchos de sus productos sean despreciables manifestaciones de violencia gratuita y de inmoralidad manifiesta. Habrá que saber escoger para cuidarse a uno mismo en este trayecto existencial que la vida simple y sencillamente va trazando sin evasión posible. Porque, lo venimos diciendo una y otra vez, las películas parten de la vida y reconducen hasta la misma vida, enseñándonos claves vitales que tal vez desconociéramos. El buen cine, como un buen libro, nunca aliena, antes bien alimenta.

Como les decía y ya que el verano está ahí, pueden utilizar estas seis películas como inteligente entretenimiento, sabedores que, en su dureza algunas, les ayudarán a comprenderse más y mejor a cada uno en particular y al conjunto social en que vivimos. Ojalá disfruten. ■



Con tu colaboración  
ayudas a que muchos niños  
tengan una educación.



113 millones de niños no van a la escuela.

Gracias a ti podrán hacerlo y con su esfuerzo podrán tener un futuro digno. En Entreculturas llevamos 50 años haciendo posible que los más desfavorecidos tengan una educación de calidad. Porque la falta de educación significa la falta de oportunidades.

Si quieres colaborar infórmate en el 802 444 844 ó en [www.entreculturas.org](http://www.entreculturas.org)



Colabora. Santander Central Hispano 0049 001 54 221004001. BBVA. C1E2 5008 66 0010008001.